

dero de Francia y se declaró criminales de lesa majestad á los que violaran el tratado ó hablaran mal de él. El día 2 de junio Enrique V se casó en Troyes con Catalina, y al día siguiente de la boda estaba dispuesto á entrar en campaña: «Ruego, dijo, á monseñor el rey, con cuya hija me he casado, y á todos sus servidores, y mando á mis servidores que mañana estemos todos dispuestos para poner sitio á Sens.» El 12 de junio Sens había capitulado y en 1.º de julio rindióse Montreau. El 7 de julio llegó Enrique delante de Melún, que, defendida por Barbazán, se resistió vigorosamente, y delante de cuyas murallas se vió á los dos reyes, Carlos y Enrique, á las dos reinas, Isabel y Catalina, y á los duques de Borgoña y de Baviera. Melún no se rindió sino al cabo de cuatro meses, cuando los sitiados hubieron comido «caballos, gatos y otros animaluchos.»

Durante aquel sitio, Enrique V había hecho ocupar

Firma de Carlos VI

Vincennes, el Louvre, la Bastilla y el palacio de Nesle. El 1.º de diciembre entró en París con Carlos VI, y á pesar de la «pobreza de hambre,» la recepción fué brillante: las calles estaban todas colgadas, los ciudadanos llevaban «vestidos de color encarnado,» y delante del palacio se representó «al vivo» un misterio de la Pasión. En todas las calles la comitiva regia encontraba procesiones de sacerdotes revestidos de capas y sobrepellices que cantaban el *Te Deum laudamus* y el *Benedictus qui venit*. El rey de Francia se fué á San Pablo; el de Inglaterra instalóse en sitio seguro, en el Louvre.

La Universidad había ya jurado el tratado á principios de junio. El 6 de diciembre de 1420 reuniéronse en San Pablo los diputados de los tres Estados en muy escaso número, y el canciller reclamó de ellos para el tratado juramentos y para el gobierno subsidios. Carlos VI hubo de tomar la palabra para declarar que había aceptado libremente el tratado, que lo había jurado y que lo consideraba agradable á Dios y útil al reino. Los Estados no contestaron hasta el día 10 y su respuesta fué aprobar la paz y declararse dispuestos á hacer cuanto al rey pluguiera. El tratado fué jurado sobre los Evangelios, consignando los nobles sus juramentos en cartas selladas con sus sellos, que entregaron á Enrique V, y se votaron los subsidios.

La Universidad había presentado al rey de Inglaterra algunas reclamaciones y pedídale ciertas exenciones para el clero; Enrique V respondió con tono altanero á los diputados de aquella, y habiendo ellos querido replicar, les ordenó que se callaran y se retirasen, porque «de lo contrario habrían ido á parar á la cárcel.» El monarca inglés salió en 27 de diciembre de París para regresar á Inglaterra con la joven reina; dos días antes de su partida, el día de Navidad, celebró asamblea solemne. Monstrelet hace notar el contraste que existía entre los esplendores de la corte del rey de Inglaterra y el estado miserable en que se encontraba el palacio

del rey de Francia. Enrique V había puesto en todas partes capitanes ingleses; Clarence y Exeter lo fueron de París, y esta capital, según dice Chastellain, «antigua residencia de la real majestad francesa,» convirtióse en «una nueva Londres.»

Pero París no era el reino; precisaba, por consiguiente, terminar la conquista sobre el delfín y el partido armagnac que después del tratado de Troyes representaba el partido francés, lo cual motivó todavía «grandes y maravillosas guerras.» El delfín tenía entonces «ocasión bastante de melancolía y materia de cuidado por verse abandonado de su padre y desautorizado como bastardo.» En efecto, en 23 de diciembre de 1420, los asesinos de Juan Sin Miedo habían sido declarados criminales de lesa majestad, incapacitados para toda sucesión é indignos de todo honor, y á principios de 1421 el mismo delfín había sido desterrado del reino y excluido del trono. Mas no por esto estaba perdida su causa: después de largas incertidumbres y delicadas negociaciones con los Estados de aquel país, el Langüedoc se había separado del partido borgoñón; además, á principios de 1420, el delfín había ido al Mediodía y en un viaje de cerca de cinco meses estableció allí su autoridad. El regente fué entonces verdadero dueño del reino del Sur del Loira, pudiendo esperar «la ventura que Dios quisiera depararle.»

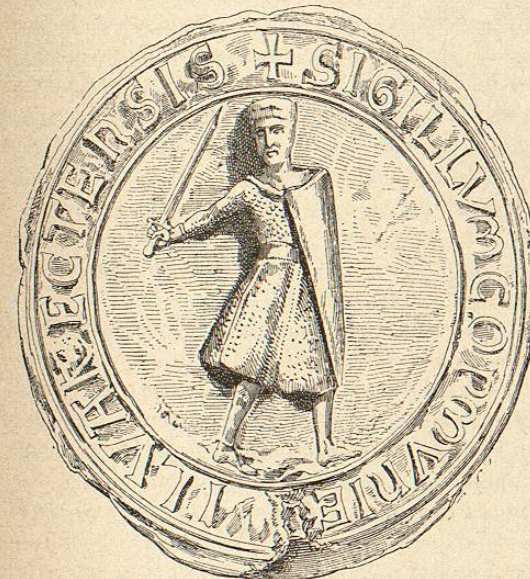
Así consolidado por la buena suerte, «el tal de Valois, como decían los borgoñones, apeló, tanto para él cuanto para sus partidarios, á la punta de la espada.» El 22 de marzo de 1421, sus tropas derrotaron en Beaugé á los ingleses del duque de Clarence, quien pereció en la batalla; y el 8 de mayo, el duque de Bretaña, que había en varias ocasiones representado un papel dudoso entre ambos partidos y experimentado toda clase de contratiempos, concertó con el regente en Sablé «alianzas y confederaciones.» Los Estados generales de Langüedoc, convocados por el delfín en Clermont, en 18 de mayo, votaron un subsidio de 800.000 libras tornesas, y finalmente, en el mes de junio presentóse el delfín en el país de Chartres, poniendo sitio á esta ciudad y amenazando á París.

Cuando recibió tales nuevas, Enrique V reapareció bruscamente en junio de 1421 con un ejército de unos treinta mil hombres, y después de haber conferenciado en Mantes con el duque de Borgoña, entró en 4 de julio en París y fué apoderándose luego de Dreux, Bonneval, Epernon y Nogent-le-Roi. En septiembre pasó por delante de Beaugenci y de Orleans y comenzó el sitio de Meaux, que le retuvo hasta mayo del siguiente año, habiéndole la Universidad felicitado por la toma de esa ciudad. A pesar de las enfermedades que diezaban sus tropas, prosiguió la campaña en junio de 1422, entrando en Compiègne y en Senlis. El duque de Borgoña operaba en aquella misma región. El partido armagnac había sido arrojado del Norte del reino, en donde únicamente conservaba el Crotoi y Noyelles; entonces el delfín pareció abandonar la partida, y después de haber levantado el sitio de Chartres, se retiró al otro lado del Loira y se dedicó á vivir una existencia indolente en sus hermosas residencias de Berri, de la Turena y del Poitou, desistiendo de presentarse ante sus tropas, confiándolas á mediocres capitanes y ocupándose solamente de su matrimonio con María de Anjou y de su

pequeña corte, en donde quería sostener un lujo de rey. Durante aquel tiempo, sus tenientes perdían algún terreno en todas partes, excepto en el Este, en Nivernais, en tierras del duque de Borgoña, y el duque de Bretaña, vacilante como siempre, disponíase á reconocer el tratado de Troyes; de suerte que los esfuerzos del delfín habían sido efímeros, y el rey de Inglaterra presentábase como dueño del porvenir.

VI.—La muerte de los reyes

A fines de la primavera de 1422, Enrique V, que se dirigía al Nivernais, empezó á sentirse enfermo y hubo de regresar en litera al bosque de Vincennes, atacado del mal llamado de San Fiacro, «un flujo de vientre maravilloso con hemorroides.» Avisado inmediatamente el duque de Borgoña, envió á Vincennes á su hombre de confianza Hugo de Lanoy, á quien el rey de Inglaterra confió sus últimos deseos para su aliado, pidiendo al duque «que mantuviera siempre los juramentos y las alianzas que le unían á los ingleses.» Enrique V llamó después al duque de Bedford, su hermano; al duque de Exeter, su tío; al conde de Warwick y á otros ingleses, hasta siete ú ocho, y les dió instrucciones, rogando á Bedford que velara por el heredero de Inglaterra y de Francia (el hijo nacido de su matrimonio con Catalina, que aún no tenía diez meses) y que jamás hiciera las paces con el delfín si no obtenía de él la Normandía, cuando menos. Si el duque de Borgoña quiere encargarse del gobierno de Francia, «os acon-

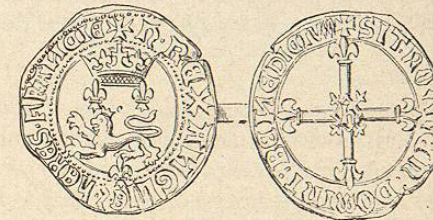


Sello de la villa de Senlis

sejo, dijo, que se lo entreguéis; pero si lo rechaza, entonces os encargaréis de él.» Pero lo que más suplicó á los príncipes fué que permanecieran siempre de acuerdo con el duque de Borgoña. Hecho esto, ya no pensó más que en morir, y cuando en 31 de agosto de 1422 los médicos le anunciaron que eran llegados sus últimos momentos, mandó llamar á su confesor y á sus criados y ordenó que se rezaran los salmos penitenciales. Al llegar á la palabra *Jerusalén*, interrumpió el rezo y afirmó, por la muerte que le esperaba, que su intención era después de haber pacificado el reino de Francia, ir á

conquistar Jerusalén, dicho lo cual expiró. Enrique V no tenía más que treinta y cinco años. «Su cuerpo fué partido en pedazos y hervido en una caldera de tal modo que la carne se separó de los huesos,» siendo el agua arrojada á un cementerio «y los huesos con la carne puestos en un cuerpo de plomo con multitud de variedades especias.»

Durante estas extrañas operaciones, Felipe el Bueno fué á París; no había querido asistir á los últimos mo-



Gros de plata de Enrique V

mentos de su aliado y partió antes de las fúnebres ceremonias, pues allí había ido sólo á negocios, conferenciando con los duques ingleses y renunciando al gobierno de Francia durante la menor edad de Enrique VI, pero jurando nuevamente el tratado de Troyes.

El 16 de septiembre se celebraron los funerales en Saint-Denis, y después el cortejo se puso en marcha para Inglaterra. Los ingleses habían hecho «hacer la semblanza y representación del rey de pellejo hervido con gran primor, poniendo en su cabeza corona de oro muy preciosa.» El día 5 de octubre entraban en Londres los despojos de Enrique V, que un mes después fueron depositados en Westminster.

Enrique V ha sido muy alabado por sus contemporáneos, no sólo por los cronistas ingleses y borgoñones, sino que también por armagnacs de abolengo, como Juvenal de los Ursinos; y es porque aquel monarca, si fué «de voluntad altanera,» fué asimismo justiciero. En su ejército reinaba una disciplina austera, y después de tantos años de disturbios, los habitantes de una buena parte del reino contaban con su gobierno riguroso para restablecer el orden en aquella anarquía y París aceptó como una redención aquel yugo á la vez pesado y protector.

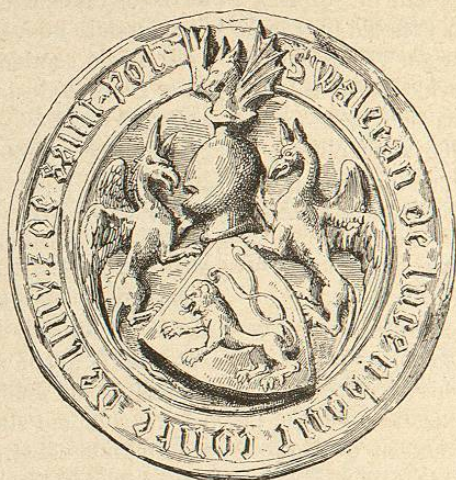
Carlos VI, á quien Enrique V había dejado en Senlis, tenía cincuenta y tres años y parecía un viejo; con él estaba la reina, también prematuramente envejecida, pero ningún príncipe de las flores de lis se preocupaba de hacerles compañía. El palacio real hallábase en un estado miserable: las últimas cuentas son desconsoladoras, encontrándose continuamente en ellas, en los ingresos y en los gastos, la palabra *nada*. El mismo Enrique V, emocionado ante tanta miseria, reconstituyó en sus últimos días el personal palaciego.

En el momento en que el cortejo de Enrique V llegaba á Ruán, el 19 de septiembre, el rey de Francia entraba de nuevo en París. En octubre hubo de guardar cama: su pobre cuerpo, sin alma, estaba agotado, y el día 21 de dicho mes falleció, rodeado únicamente de su primer chambelán, de su confesor, de su limosnero y de algunos funcionarios y servidores. El cadáver sólo estuvo expuesto un día: «tenía el rostro sin ningún color y los ojos cerrados, pareciendo que dormía.» Veinte días

pasaron antes de que se celebraran los funerales, pues era preciso para enterrar al rey de Francia esperar las órdenes del duque de Bedford, que se encontraba ocupado en Ruán.

El 11 de noviembre comenzaron las ceremonias fúnebres, figurando en ellas, como en el entierro de Enrique V, la efigie del muerto. El único príncipe que asistió á los funerales fué el duque de Bedford: después de un oficio en Notre-Dame, el cuerpo de Carlos VI fué transportado á Saint-Denis y enterrado en la capilla de Carlos V. «Y entonces los ujieres de armas del dicho

rey, que estaban presentes, rompieron sus varitas y las arrojaron sobre la fosa y luego bajaron sus mazas poniéndolas cabeza abajo. El rey de armas de Berri, acompañado de muchos heraldos y perseverantes, gritó encima de la fosa: «¡Dios quiera tener piedad y gracia del alma del muy excelente, muy alto y poderoso príncipe Carlos, rey de Francia, sexto de su nombre, natural y soberano señor!» Después de lo cual gritó nuevamente el rey de armas: «¡Dios dé buena vida á Enrique, por la gracia de Dios rey de Francia y de Inglaterra, nuestro soberano señor!»



Sello del conde de Saint-Pol

LIBRO QUINTO

LAS LETRAS Y LAS ARTES

CAPITULO PRIMERO

LA VIDA LITERARIA (1)

I. Escuelas y universidades.—II. La literatura y la sociedad laica.—III. Las influencias.—IV. Poesías épica, lírica y dramática.—V. La historia.—VI. La literatura didáctica.

I.—Escuelas y universidades (2)

El siglo XIV fué una época de gran actividad intelectual, á pesar de los profundos trastornos que la vida política y social durante el mismo experimentara.

Las escuelas de todas categorías eran en gran número, y aun en pequeñas aldeas las había en donde se daba una enseñanza primaria que comprendía la escritura, la lectura, algo de gramática, de cálculo y de liturgia. Es de creer, además, que con los profundos disturbios de principios del siglo XV desaparecieron muchas de esas escuelas, para no reaparecer hasta mucho después, y algunas hasta nuestro siglo.

En las ciudades, las iglesias parroquiales, los capítulos y los monasterios solían tener sus escuelas. La mayoría de los escolares no pasaban casi del estudio de Donato, es decir, de los rudimentos de gramática; pero en ciertas escuelas capitulares, como las de Notre-Dame de París, se leían, después del Donato, el *Doctrinal* de Alejandro de Villidieu, otro manual de gramática, y los poetas profanos y cristianos; se aprendían las dificultades gramaticales, la sintaxis y la prosodia y después la retórica y fórmulas de correspondencia, y se terminaban los estudios con algunos elementos de lógica. Asimismo estudiábase cuidadosamente el canto religioso. Todo se aprendía de memoria. En las escuelas de Chartres, tan famosas desde los tiempos del obispo Fulberto, en el siglo XI, varios «profesores en artes» en-

señaban humanidades, varios «maestros» medicina y algunos «lectores» teología. Había también cursos de derecho y hasta la enseñanza del derecho canónico constituía el honor de las escuelas de Chartres.

Pero donde se enseñaba la superior cultura era en las universidades, que hasta mediados del siglo XIV continuaron desarrollando su organización y su enseñanza. En Montpellier, las dos universidades de Medicina y de Derecho acababan de alcanzar sus estatutos generales; en Tolosa, las artes, el derecho civil y canónico y aun la teología eran enseñadas con regularidad; las universidades de Orleans y de Angers, á pesar de una historia á menudo perturbada, gozaban de fama extraordinaria en punto á estudios literarios y derecho civil; la de Aviñón se había creado hacía poco y se beneficiaba con la vecindad del Pontificado.

La Universidad de París estaba por encima de todas las demás por el número de sus estudiantes, la extensión de sus privilegios, la calidad de sus estudios y la gloria de sus profesores; sus decisiones eran ley para las conciencias, siendo *Ratio dictans in Ecclesia* (la Razón enseñando en la Iglesia). Ella y el papa eran las dos lumbreras del mundo, *Papa et Universitas Parisiensis, duo lumina mundi*. Decíase que Minerva, la Sabiduría, después de haber habitado en Atenas y en Roma, había ido á establecerse en París, y Gerson llamaba á la universidad «nuestro paraíso terrestre en donde estaba el árbol de la ciencia del bien y del mal.»

En las laderas de la montaña de Santa Genoveva habitaban por centenares sus profesores y por millares sus alumnos y sus subalternos, y de ella vivían innumerables gentes de oficio. La «matrícula» de la facultad de Artes contiene en 1349 quinientos dos maestros regentes; la de 1403, setecientos noventa y no está completa. En el sínodo de París de 1406, Juan Petit hablaba de mil maestros en artes, y un asistente le interrumpió para decir que eran dos mil. Había por aquella época más de doscientos maestros, doctores, licenciados ó bachilleres «formados» en teología y en derecho canónico. No es posible determinar cuál era el número de estudiantes; Juvenal de los Ursinos dice formalmente á propósito de una procesión de 1412: «Y celebró una la Universidad de París hasta Saint-Denis, y cuando los primeros estaban en Saint-Denis, el rector no había salido aún de Saint-Mathurin,» en la calle de Saint-Jacques.

En la Universidad de París reinaba una animación extraordinaria; en las asambleas generales, en las facultades y en las naciones, sobre todo se deliberaba, se discutía y se resolvía: los estudios, la disciplina, los in-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—P. Paris, *Les Manuscrits français de la Bibliothèque du Roi*, 1836-1848. Leclerc, *Discours sur l'état des lettres au XIV siècle* («Histoire littéraire de la France,» XXIV), segunda edición, 1865. *Histoire de la langue et de la littérature française des origines à 1900*, publicada bajo la dirección de Petit de Julleville, II, 1896. G. Paris, *La poésie du Moyen Age*, segunda serie, 1895.

(2) FUENTES.—Denifle y Châtelain, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, II, III, IV, 1894-1897.

OBRAS DE CONSULTA.—Du Boulay, *Historia Universitatis Parisiensis*, 1665-1679. Denifle, *Die Universitäten des Mittelalters bis 1400*, 1885. Rashdall, *The Universities of Europe in the Middle Ages*, 1895. Thurot, *De l'organisation des Ecoles dans l'Université de Paris*, 1850. Clerval, *Les Ecoles de Chartres au Moyen Age*, 1895. Uberweg-Heinze, *Grundriss der Geschichte der Philosophie*, segunda parte, *Die Mittlere Zeit*, 1898. De Wulf, *Histoire de la philosophie médiévale*, 1900.